

pues, ricos y poderosos, pero los propios monjes siguieron viviendo pobres en sus celdas sencillas y pequeñas, y rezaron y trabajaron tal como les había ordenado san Benito.

NO HAY MÁS DIOS QUE ALÁ, Y MAHOMA ES SU PROFETA

¿Te imaginas el desierto? El auténtico desierto, el de arena, recorrido por largas caravanas de camellos con pesadas cargas y raras mercancías. La arena se extiende por todas partes. Tan sólo a lo lejos se ven algunas palmeras que se alzan contra el cielo separadas por grandes distancias. Hacia ellas se dirigen las cabalgaduras, pues hay allí un oasis con una fuente y un poco de agua fangosa. Luego, la marcha continúa. Y, finalmente, la caravana llega a un oasis mayor donde hay toda una ciudad, con casas blancas en forma de cubos en las que viven personas de piel morena vestidas también de blanco, gente de pelo negro y ojos oscuros y brillantes. Los hombres, ya se ve, están acostumbrados a la lucha. Recorren el desierto sobre sus caballos, maravillosamente rápidos, saquean caravanas y combaten entre sí; oasis contra oasis, ciudad contra ciudad, tribu contra tribu. Eso es lo que vemos aún hoy en Arabia; y así debió de ser, sin duda alguna, hace miles de años. Sin embargo, en este extraño territorio desértico con sus escasos y combativos pobladores ocurrió lo más raro, tal vez, de cuanto voy a contarte.

La cosa fue así: en el tiempo en que los monjes aconsejaban a los sencillos campesinos de Alemania y en que los reyes de los merovingios dominaban sobre los francos, es decir, alrededor del año 600 d. C., nadie hablaba de los árabes, que recorrían el desierto sobre sus cabalgaduras, vivían en tiendas y luchaban entre sí. Tenían una fe sencilla sobre la que no reflexionaban demasiado. Rezaban a las estrellas, al igual que los antiguos babilonios, y sobre todo a una piedra que creían caída del cielo. La piedra se encontraba en un santuario llamado Kaaba, en la ciudad de La Meca, situada en un oasis. Los árabes solían peregrinar allí a través del desierto para orar.

Por aquellas fechas vivía en La Meca un hombre llamado Mahoma, hijo de Abdallah. Su padre era una persona distinguida, aunque no rica, y pertenecía a la familia encargada de custodiar el santuario de la Kaaba en La Meca. Murió muy pronto y no dejó a su hijo Mahoma más que cinco camellos. No era gran cosa, y Mahoma no pudo seguir viviendo mucho tiempo en el desierto, en el campamento de tiendas, como los demás hijos de las personas distinguidas, sino que hubo de ponerse al servicio de gente rica como pastor de cabras. Más tarde trabajó para una mujer adinerada mucho mayor que él y emprendió a su servicio largos viajes como camellero con las caravanas de mercaderes. Se casó con su patrona y vivió en feliz matrimonio. La pareja tuvo seis hijos, y Mahoma tomó además como hijo a su joven primo Alí.

Mahoma, aquel hombre fuerte y vivaz, de cabellos y barba negros, con su gran nariz aguileña y su andar grave y balanceante, era muy apreciado. Le llamaban «el justo». Pronto demostró interés por asuntos de fe y le gustaba hablar no sólo con los peregrinos árabes que llegaban a La Meca a visitar la Kaaba, sino también con cristianos de la cercana Abisinia y con judíos, bastante numerosos en los oasis árabes. Uno de los relatos contado tanto por los judíos como por los cristianos le impresionó de manera especial: la doctrina del único Dios, invisible y todopoderoso.

De noche, junto a la fuente, le gustaba que le hablaran de Abraham y José, de Cristo y María. Y un buen día, durante un viaje, tuvo de pronto una visión. ¿Sabes qué es eso? Un sueño en el que no se duerme. A Mahoma le pareció ver al arcángel Gabriel ante él y oyó cómo le hablaba con fuerte voz. «¡Lee!», exclamó el ángel. «No sé leer», balbuceó Mahoma. «¡Lee!», volvió a decirle el ángel en voz alta por segunda y tercera vez, ordenándole que rezara en nombre del señor, su dios. Mahoma regresó a casa completamente afectado por aquella visión. No sabía qué le había sucedido.

Durante tres años no dejó de reflexionar y dar vueltas a aquella experiencia. Finalmente, al cabo de esos años volvió a tener otra visión. Vio de nuevo ante sí al arcángel Gabriel circundado por la luz de una gloria celestial. Temblando y fuera de sí, Mahoma corrió a su casa y se tendió trastornado en la cama. Su mujer lo cubrió con un manto. Mientras estaba así tumbado, oyó de nuevo la voz: «Levántate y amonesta a la gente —le ordenó— y glorifica a tu señor».

Aquello fue para Mahoma un mensaje de Dios que le ordenaba advertir al mundo de la amenaza del infierno y proclamar la grandeza del Dios único e invisible. Desde ese momento, Mahoma se sintió como el profeta, como el portavoz por cuya boca anunciaba Dios su voluntad a los humanos. Predicó en La Meca la doctrina del único dios omnipotente, el juez supremo que le había elegido a él, Mahoma, como su mensajero. Pero la mayoría de la gente se rió de él. Sólo su esposa y algunos miembros de la familia y amigos le creyeron.

Pero los sacerdotes del santuario de La Meca, aquellos personajes importantes encargados de su protección, vieron en Mahoma, naturalmente, no sólo un loco, sino también un enemigo peligroso. Así pues, prohibieron a todos los habitantes de La Meca comerciar con la familia de Mahoma y con sus seguidores. Esta prohibición se colgó de la Kaaba. Fue un golpe tremendo, y los amigos y familiares del profeta hubieron de padecer durante años hambre y necesidad.

Pero Mahoma había conocido en La Meca algunos peregrinos llegados de fuera, de una ciudad de oasis enemistada desde hacía tiempo con La Meca. En aquella ciudad vivían muchos judíos, de modo que sus habitantes árabes conocían la doctrina del único dios, y la predicación de Mahoma les agradó.

Sin embargo, el hecho de que Mahoma predicara entre aquellas tribus enemigas y su amistad con ellas fuera en aumento irritó a la gente distinguida de La Meca, sobre todo a los guardianes de la Kaaba, que determinaron asesinarlo por alta traición. Mahoma envió a todos sus partidarios fuera de La Meca a la ciudad del desierto que había trabado amistad con él, y cuando los asesinos a sueldo entraron finalmente en su casa, huyó a esa ciudad por una ventana trasera el 16 de junio del año 622. Esta huida se llama en árabe «hégira», y los seguidores de Mahoma cuentan los años a partir de ella, como contaban los griegos por las olimpiadas, los romanos por la fundación de Roma y los cristianos por el nacimiento de Cristo.

Mahoma fue recibido solemnemente en esta ciudad, a la que más tarde se dio en su honor el nombre de Medina, la Ciudad del Profeta. Todo el mundo corrió a su encuentro y todos querían alojarlo. Para no ofender a nadie, Mahoma dijo que viviría allí donde fuera su camello por sí mismo. Y así lo hizo. Mahoma impartió entonces sus enseñanzas a sus seguidores, que le escucharon con agrado. Les contó cómo Dios se había manifestado a los judíos por medio de Abraham y Moisés, cómo había adoctrinado a los humanos por la boca de Cristo y cómo ahora le había elegido a él, Mahoma, para ser su profeta.

Les enseñó a temer sólo a Dios, que en árabe se dice Alá, y a nadie más. Según Mahoma, carece de sentido angustiarse o alegrarse, pues nuestro destino futuro está determinado de antemano por Dios y escrito en un gran libro. Lo que vaya a ser, será de todos modos; la hora de la muerte se nos ha fijado ya desde el principio. Debemos entregarnos a la voluntad de Dios. Ahora bien, «entrega» se dice «islam», por lo cual Mahoma dio a su doctrina el nombre de Islam. Explicó que sus seguidores debían luchar y vencer por esa doctrina, que no era pecado matar a un infiel que no quisiera reconocerlo como profeta y que el valiente guerrero que cayera combatiendo por Alá y el profeta iría al punto al paraíso, mientras que el infiel o el cobarde bajarían al infierno. Mahoma describió el paraíso a sus partidarios de manera especialmente magnífica en sus predicaciones, visiones y revelaciones, que reciben en conjunto el nombre de «Corán».

Los creyentes están allí recostados unos frente a otros sobre blandos almohadones; muchachos inmortales les sirven como pajes el mejor de los vinos en jarras y vasijas, y nadie se emborracha ni a nadie le duele la cabeza por beberlo; hay allí maravillosas frutas y toda la carne de aves que uno pueda desear; les atienden muchachas de grandes ojos, bellas como perlas. Los bienaventurados se reúnen bajo flores de loto sin espinas y plataneros en flor, bajo sombras extensas y junto a corrientes de aguas abundantes; sobre ellos cuelgan los racimos, y las copas de plata pasan sin cesar de mano en mano. Llevan vestidos de seda verde y brocado adornados con pasadores de plata.

Ya puedes figurarte que, para los pobres habitantes del ardoroso desierto, un paraíso así era una promesa por la que merecía la pena luchar y morir.

Entonces, los habitantes de Medina marcharon contra La Meca para vengar a su profeta y saquear las caravanas. Vencieron una vez y consiguieron un magnífico botín; pero luego volvieron a perderlo todo. Los habitantes de La Meca se presentaron ante Medina con intención de sitiarse, pero hubieron de dar la vuelta al cabo de diez días. Luego, Mahoma peregrinó a La Meca en compañía de 1.500 hombres armados. En La Meca no habían visto nunca de aquel modo, como un poderoso profeta, al pobre y ridiculizado Mahoma. Muchos se pasaron a sus filas y Mahoma conquistó pronto toda la ciudad con un ejército, pero perdonó la vida a sus habitantes y se limitó a arrojar fuera del santuario las imágenes de los ídolos. Se había convertido en un hombre poderoso, y para honrarlo llegaron de todas partes emisarios venidos de campamentos y oasis. Poco antes de morir predicó aún ante 40.000 peregrinos y les inculcó por última vez sus principios: que no hay más dios que Alá; que él, Mahoma, era su profeta; y que había que someter a los infieles. Les exhortó a que rezaran cinco veces al día de cara a La Meca, se abstuvieran de beber vino y fueran valerosos. Poco después moría, en el año 632.

En el Corán leemos: «Combatid a los infieles hasta acabar con cualquier resistencia». Y en otro pasaje: «Matad a los idólatras dondequiera que los halléis; hacedlos prisioneros, sitiadlos, acechadlos en todas partes. Pero, si se convierten, dejadlos ir en paz».

Los árabes se atuvieron a estas palabras del profeta y, una vez convertidos o muertos todos los habitantes de su desierto, marcharon a los países próximos guiados por los sucesores de Mahoma, o «califas», Abu Bakr y Ornar. Las naciones vecinas quedaron como paralizadas ante un fervor tan salvaje. Seis años después de la muerte de Mahoma, las tropas de guerreros árabes habían conquistado Palestina y Persia en luchas sangrientas y obtenido botines increíbles. Otros ejércitos marcharon contra Egipto, que pertenecía aún al imperio romano oriental, pero que era entonces una tierra cansada y empobrecida, y lo conquistaron en los cuatro años siguientes. La gran ciudad de Alejandría cayó

también en sus manos. Se dice que Ornar preguntó en aquella ocasión qué se debía hacer con la magnífica biblioteca donde en otros tiempos había llegado a haber 700.000 libros en rollos de poetas, escritores y filósofos griegos. Y cuentan que Ornar dijo: «Si en los libros hay escrito lo que está también en el Corán, entonces sobran; y si hay en ellos algo diferente, son dañinos». No sabemos si esto es cierto, pero no hay duda de que siempre ha habido gente que pensaba de ese modo, o parecido; y así, en aquellas luchas y confusión, se perdió para siempre la valiosísima e importantísima colección de libros.

A partir de ese momento, el imperio árabe se extendió con una fuerza imponente. Partió de La Meca como un fuego, por así decirlo, en todas las direcciones, como si Mahoma hubiera arrojado allí sobre el mapa una chispa ardiente. De Persia pasó a la India; y de Egipto se propagó por todo el norte de África. Sin embargo, los árabes no mantuvieron la unidad. A la muerte de Omar eligieron varios califas o sucesores y lucharon entre sí de forma cruel y sanguinaria. Hacia el 670, unos ejércitos árabes intentaron conquistar también Constantinopla, la antigua capital del imperio romano oriental, pero sus habitantes se defendieron con heroísmo y desesperación durante siete años, hasta que los sitiadores se retiraron. En cambio, los árabes conquistaron desde África la isla de Sicilia. Pero esto no fue todo. Pasaron también a España, donde, como quizá recordarás, gobernaban los visigodos desde las migraciones de los pueblos. En una batalla que duró siete días enteros, el general Tarik se llevó la victoria y España quedó bajo el dominio mahometano.

Desde allí los árabes marcharon, a Francia, el reino de los francos, de los soberanos merovingios, y se enfrentaron a guerreros campesinos de tribus germánicas cristianas. El jefe de los francos era Carlos Martel, es decir, Carlos «el Martillo», por el coraje con que sabía golpear. Y, en efecto, el año 732, exactamente a los 100 de la muerte del profeta, venció a los árabes. Si Carlos Martel hubiera perdido en aquel entonces la batalla en los alrededores de Tours y Poitiers, en el sur de Francia, los árabes habrían conquistado seguramente todo el país junto con Alemania y habrían destruido los monasterios. Todos nosotros seríamos, quizá, mahometanos, como lo son aún hoy los persas y muchos indios, los árabes de Mesopotamia y Palestina, los egipcios y los norteafricanos.

Los árabes no siguieron siendo en general los feroces guerreros del desierto que habían sido en tiempos de Mahoma. Al contrario.

En cuanto remitió un poco la primera furia guerrera, comenzaron a aprender en todos los países conquistados de los pueblos sometidos y convertidos. De los persas aprendieron a conocer todo el lujo del Oriente, el placer por las bellas alfombras y tejidos, los edificios suntuosos, los magníficos jardines y los artefactos preciosos de hermosos dibujos.

Como los mahometanos tenían prohibida la reproducción de la imagen de personas o animales a fin de eliminar cualquier recuerdo de la idolatría, decoraron sus palacios y mezquitas con magníficos trazos coloristas y entrelazados que llamamos arabescos, por los árabes. Pero, más aún que de los persas, los árabes aprendieron de los griegos que habitaban en las ciudades conquistadas del imperio romano oriental. Pronto dejaron de quemar libros y pasaron a coleccionarlos y leerlos. Leyeron con especial agrado los escritos de Aristóteles, el famoso maestro de Alejandro Magno, y los tradujeron también al árabe. De él aprendieron a interesarse por las cosas de la naturaleza y por las causas de todo. Y lo hicieron con gusto y dedicación. Muchos nombres científicos que oírás en el colegio en uno u otro momento vienen del árabe, por ejemplo los nombres de «química» o «álgebra». El libro que tienes en tus manos está hecho de papel, que también se lo debemos a los árabes, quienes lo aprendieron a su vez de prisioneros de guerra chinos.

Personalmente, sin embargo, siento un especial agradecimiento hacia los árabes por dos cosas. La primera, los maravillosos cuentos que narraron y escribieron y que podrás leer en las MUY una noche. La segunda es aún más fabulosa que los propios cuentos, aunque no se te ocurrirá de buenas a primeras. Presta atención: «12». ¿Por qué decimos «doce», y no «uno-dos» o «uno y dos», que significa «tres»? Es que la unidad, me dirás, no es una unidad, sino una decena. ¿Sabes cómo escribían «doce» los romanos?: «XII». ¿Y 112?: «CXII». ¿Y 1112?: «MCXII». ¡Imagínate si tuviéramos que multiplicar y sumar con esas cifras romanas! Pero con nuestras cifras «árabes» es la mar de sencillo. No sólo porque son bellas y fáciles de escribir, sino porque poseen algo nuevo: un valor de posición. Un número situado a la izquierda de otros dos es una centena. Y cien se escribe como un uno con dos ceros.

¿Habrías hecho tú un descubrimiento tan práctico? Yo, seguro que no. Este invento, y hasta la palabra «cifra», nos vienen de los árabes, y fueron los indios los que les dieron la idea de todo ello. Esto es lo que me parece a mí casi más fabuloso que los propios cuentos, tan magníficos. Y aunque sea bueno que Carlos Martel venciera a los árabes el año 732 d. C., tampoco es nada malo que ellos fundaran su gran imperio y recibieran en herencia y recogieran las ideas, formas e inventos de los persas y los griegos, de los indios y hasta de los chinos.

UN CONQUISTADOR CAPAZ, ADEMÁS, DE GOBERNAR

Si lees esta historia creerás, quizá, que es muy fácil conquistar el mundo o fundar grandes imperios, pues es algo que ocurre continuamente en la historia mundial. En realidad, en otros tiempos no era tan difícil. ¿A qué se debía?

Has de pensar que, entonces, no había aún periódicos ni correo, y que la mayoría de la gente no sabía con precisión qué ocurría a unos días de viaje de sus casas. Vivían en valles y bosques, cultivaban la tierra y lo más lejano que conocían eran las tribus vecinas. Pero con ellas solían mantener casi siempre hostilidades y querellas. Se hacían mutuamente todas las maldades imaginables, arrojaban el ganado del vecino fuera de los pastos y llegaban, incluso, a quemarse las granjas unos a otros. Era un constante tira y afloja de robos, venganzas y peleas.

La gente sólo conocía de oídas la existencia de algo más allá del pequeño círculo propio. Si, en alguna ocasión, llegaba a un valle a o a un lugar del bosque un ejército de algunos miles de hombres, no había nada que hacer. Los vecinos se alegraban cuando ese ejército masacraba a sus enemigos y no pensaban que ellos serían los siguientes. Y si no los mataban sino que sólo les obligaban a unirse al ejército y seguir marchando contra los próximos vecinos, la actitud de los vencidos era casi siempre de agradecimiento. Así es como se formaban los ejércitos; y a las tribus individuales les resultaba cada vez más difícil vencerlos, por más valerosas que fueran. Eso es lo que ocurría en ocasiones con las campañas de conquista de los árabes, y algo similar pasó también con el famoso rey de los francos del que voy a hablarte ahora: Carlomagno.

Pero, aunque la conquista no era tan difícil como hoy, gobernar lo era mucho más. Había que enviar mensajeros a todas las regiones lejanas y remotas, unir los pueblos y tribus enfrentados para que comprendieran que había cosas más importantes que sus hostilidades tribales y sus venganzas de sangre. Quien quisiera ser un buen soberano debía ayudar a los campesinos, que llevaban una vida mísera e indigente, y procurar que la gente aprendiera algo y no perdiera cuanto los seres humanos habían pensado y escrito anteriormente.

Un buen soberano debía ser entonces, en realidad, una especie de padre de su gran familia de pueblos y decidir todo personalmente.

Pues bien, uno de esos soberanos fue, sin duda, Carlomagno. Por eso lo llamamos «Magno». Descendía del jefe de los merovingios Carlos Martel, que había alejado a los árabes de Francia. Los merovingios no eran una familia real de mucha prestancia. Todo cuanto sabían hacer era estar sentados en el trono con su larga cabellera y su barba ondulante y repetir monótonamente los discursos que sus ministros les habían inculcado a machamartillo. No viajaban a caballo sino en carretas de bueyes, como los labradores; así es como se presentaban también en las asambleas del pueblo. No obstante, quien gobernaba de verdad era una familia laboriosa de la que procedía también Carlos Martel. El padre de Carlomagno, Pipino, pertenecía así mismo a esa familia, pero no quiso limitarse a ser sólo un ministro cuyos discursos los pronuncia otro de memoria; además de tener el poder real quería también el título de rey. Así pues, destronó al rey de los merovingios y se hizo soberano del reino de los francos, al que pertenecía entonces aproximadamente la mitad de la actual Alemania y la parte oriental de la actual Francia.

Sin embargo, no debes imaginarte un reino consolidado, un verdadero Estado con funcionarios y, a poder ser, con una policía; ni nada comparable con el imperio romano. Por aquellas fechas no existía tampoco un pueblo alemán, como tampoco lo había habido en tiempos de los romanos. Lo que había eran tribus individuales que hablaban diferentes dialectos, tenían distintas costumbres y usos y estaban tan poco dispuestas a soportarse entre sí como los dorios y los jonios en la Grecia de su tiempo.

Los jefes o cabecillas de estas tribus se llamaban duques (de la palabra latina ducere, «conducir») porque conducían a sus ejércitos en la guerra marchando al frente de ellos. En Alemania había varios de esos ducados: el ducado de Baviera, el de Suabia, el de los alamanes, etc. Pero la tribu más poderosa eran, precisamente, los francos. Los demás estaban obligados a acudir a su llamada a combate, es decir, a luchar a su lado en caso de guerra. Esta soberanía en la guerra constituía, propiamente, el principal poder de los francos en tiempos de Pipino, padre de Carlomagno. Y ese poder militar fue aprovechado también por Carlomagno al subir al trono el año 768.

Primero conquistó toda Francia. Luego pasó los Alpes para ir a Italia, a donde, como recordarás, habían migrado los longobardos al final de las invasiones de los bárbaros. Carlomagno depuso al rey de los longobardos y dio el poder del país al papa de Roma, cuyo protector se consideró durante toda su vida. Luego marchó a España y luchó contra los árabes, pero regresó pronto.

Tras haber extendido su reino hacia el sur y el oeste, le llegó el turno al este. En el este, la actual Austria (en alemán Österreich, que significa «reino del este»), habían entrado entonces de nuevo hordas de jinetes asiáticos muy similares a los hunos. Pero, en este caso, su soberano no era tan violento como Atila. Cercaban siempre sus campamentos con